

COMO LAS ESTÁTUAS

Para Don Angel Rojas,
cariñosamente.

I

Todos sus ideales, todos los esfuerzos de su portentosa imaginación; todos los sueños de su vida de bohemio, dió Roberto a aquella estatua de límpida blancura; a aquella estatua que a la vez que representaba a la mujer immaculada; tenía gravadas en si las aspiraciones del que de un bloque diforme sacó aquella maravilla del arte.

Pasó el tiempo y el trágico destructor de las pasiones y de la vida no pudo destruir el amor que Roberto profesaba a la esfinge que siguió siendo su única alegría, mientras que ni para sus más íntimos amigos se levantó la tela de tonalidades azules que la ocultaba a la vista de los extraños, como tesoro precioso que pueden robarlos.

Solamente cuando por la noche, después del trabajo del día sentábase a descansar, gozab contemplándola a los rojos rayos que la artística lámpara pendiente del techo despedía y a cuyo color la estatua dejaba el blanco y tomaba el de carne.

Allí de tan fijamente como sus ojos la miraban, quedábase dormido, y el placer del trabajo correspondido le arrullaba en su sueño y la gloria le acariciaba al despertar.

Había hecho de su arte una religión y de su estudio un santuario. El ideal soñado encarnaba en su cerebro una sola idea, una sola ilusión y un solo pensamiento, y todo estaba condensado en aquella estatua producto de su imaginación y de su laboriosidad. Y pensaba, con un poco de egoísmo y lástima para los demás, que la vida tiene supremos ideales más nobles y puros que los goces materiales y pasajeros de los sentidos, que dejan en el corazón, después de satisfechos, un vacío inconsolable y en los labios un rictus de tristeza. Roberto, un poco romántico, compadecía a aquellos que no saben soñar con los ojos abiertos en unos días de felicidad y bien andanza lejanos...

¡Cuantas veces asimismo se dijo que una mujer co-

mo aquella esfinge constituiría su ventura! ¡Cuantas veces creyó en la fantasía de sus sueños entreverla rodeada de dorada luminosidad ofrecerse a él, con los brazos abiertos, colmándole de bienestar por ser su creador! ¡Y cuantas veces al volver a la realidad maldijo no fuera verdadero lo por él soñado.

II

En el crepúsculo de la tarde abrilena, de aromas y alegrías, los ojos del artista tropezaron un momento con las pupilas diáfanas y azules de la gentil transeunte.

Y maquinalmente, obedeciendo a una fuerza secreta e imperiosa, siguió con vehemente ahinco a la mujer, maravillo prototipo femenino, que encarnaba a la perfección la ilusa modelo de su obra gigantesca.

Obsesionado por la idea de poseer su amor, el amor de la estatua creada por él en el momento artístico, pero con vida y amante cual la soñó, buscó el medio de conocerla y hablarla.

Y tras las consabidas formalidades, fórmulas vacías pero indispensables en la sociedad actual, empezó el idilio, un idilio sencillo y dulce como el alma del escultor.

Pero al fin, como en los sueños de loca fantasía, la realidad destruyó el amor. Su cariño fué ficticio y la renunciación del ideal sumió al artista en la tristeza y el desconsuelo.

En la augusta soledad del estudio, santuario de belleza y de amor recibió el perfumado billete que destruía su alma.

Eran unas líneas cortas, concisas y crueles que manifestaban su crimen, el crimen de desamor y falsía que le irió mortalmente.

Y viendo sus ideales desechó, sus ilusiones perdidas y muertas sus esperanzas, sus manos al ímpetu de ira de que estaba poseído, arrojaron al suelo la bella estatua, ensueño de su vida y contempló gozoso los fragmentos deformes de aquella esfingen que igual que la mujer falsa era de belleza incomparable ¡...pero sin corazón!

José SANTUJINI.

Leed el próximo número de la revista ilustrada
VIDA MANCHEGA



T
RE-
NUN-
CIA-
CIÓN

¿Que pretendes? Si vienes por acaso
a brindarme la miel de una aventura
es inútil. Del último fracaso
sentimental, aun el dolor me dura.

Aborrezco, mujer, esa fragancia
que brota de tus carnes cortesanas.
Vete, vete de aquí, porque mi estancia
con tus plantas impuras la profanas.

La agusta y santa paz, turbar no quieras
de estas paredes blancas y claustreras.
Con firme decisión dejé la vida.

Huye de aquí, mujer. Todo es en vano.
Ríma muy mal tu carne de pérdida
con mi toseco sayal de franciscano.

FRANCISCO ADÁN CAÑADAS.

Ilustración de Agustín Villarreal.